oirle no extrañaban que el Venerable P. Claret, amigo del P. Coll, dijese sin jactanciosa humildad: «Donde yo misiono, aún puede es»pigar el P. Coll; pero donde él misiona a »a mí no me queda que espigar». Preguntado por el citado V. P. Claret de donde sacaba los sermones, le contestó, con la candidez de niño, mostrándole un díptico, que tenía las imágenes de la Santísima Trinidad y de la Virgen de los Dolores: «De aquí.»

El Ilmo. Obispo de Urgel, Sr. Guardiola, hacía merecedísimos elogios de la virtud del celoso P. Coll y decía: «Dios nos dé muchos hombres Apostólicos como el P. Coll y Dios nos volverá la paz, que tanto necesitamos.

«El Rdo. P. Nofre, compañero de misiones en ciertas épocas de nuestro héroe, delante del referido Sr. Obispo, dijo: «El padre Coll es un santo muy grande, y dudo que nuestro siglo haya producido un varon tan lleno de amor de Dios y de amor a las almas» En otra ocasión decía hablando del mismo bendito Padre: «Yo nunca he visto predicador tan fervoroso, tan humilde y tan simpático y al mismo tiempo tan prudente, que arrastraba a todos cuantos le oían y les ganaba para Dios.»

Modulaba la voz como quería, la que tenía clara, y penetrante, que conmovía el auditorio de un modo admirable». Por todo lo cual no es de extrañar, según afirmó el citado Sr. Obispo de Urgel, que hasta de diez leguas de distancia, acudiesen las gentes a oir sus sermones, los que predicaba teniendo siempre el Rosario en la mano y el Crucifijo en el pecho, que escondía bajo de la sotana, casi siempre, al bajar del púlpito o al salir de la Iglesia.

CAPÍTULO IX

Fundación de la Congregación de las Hermanas de la Anunciata

En la práctica se aprende la doctrina práctica, y, como dice el refrán: el que navega en el mar, cuenta sus peligros. En los diez y ocho años de apostolado que llevaba el P. Coll, había aprendido no solo las enfermedades más ordinarias de las almas, sino las enfermedades crónicas de la sociedad y, lo que es más, las medicinas más eficaces para extirpar esas dolencias que, al parecer se habían apoderado del centro de la vida. La fé extinguida por muchos, vaci-

lante en no pocos y muerta en la inmensa mayoría de los pueblos, anunciaba la ruina de las almas. La situación era desesperante. Que hacer para salvar del naufragio, a tantas almas que corren el inminente peligro de perderse? El P. Coll, se propuso salvar la situación fomentando el estado religioso; a este fin refrescó el antiguo pensamiento que había concebido ya, cuando era estudiante, de fundar una Congregación docente con distintos fines, que los miembros de ella observasen las reglas de la Tercera Orden de Santo Domingo, para educar a las niñas; y fomentar las vocaciones religiosas sobre todo entre aquellas jóvenes que teniendo aptitudes para la enseñanza, y vocación al estado religioso, no tenían campo ni medios para ejecutarlo.

En el año 1850 empezó a germinar en él dicho pensamiento y, para desarrollarle, obtuvo del Vicario Provincial de Aragón, Fray Domingo Romá, el 26 de Noviembre del indicado año, 1850, el nombramiento de director de la Tercera Orden en Cataluña, cuyo nombramiento le desligó, por completo, de residir en un sitio determinado, y fué considerado por él como gracia especial del cielo, que debía cultivar.

Desde entonces dos pensamientos cruzan sin cesar por su mente, dos deseos embargan su corazón, dos polos le atraen: predicar y fundar: fundar y predicar; porque consideraba la predicación como auxiliar de la fundación, y la fundación como complemento de la predicación. El proyecto, hablando humanamente, era sobrehumano, hablando religiosamente, era divino y como tal no debía carecer de los sellos que llevan las obras de Dios; la contradicción, como más adelante se dirá.

El objetivo del P. Coll, aun antes de instalar la primera casa Matriz, era cultivar las vocaciones religiosas y prepararlas para cuando la Divina Providencia dispusiera la oportunidad de dar comienzo al gran proyecto.

Llegó la hora y el buen Fundador alquiló una pequeña casa en la ciudad de Vich, en la calle Call Nou, y reunió las seis primeras postulantes, el dia 15 o 16 de Agosto de 1856, siendo Obispo el Sr. Ilmo. Antonio Palau, el que había autorizado verbalmente al P. Coll para hacer la fundación.

Apenas se dió este primer paso, el infierno puso en pié de guerra toda su artillería para destruir aquel santo hogar. Las pasio-

nes todas se desataron contra él y su santo Fundador, apelando al insulte, a la calumnia y hasta al público sarcasmo. Aun los íntimos del P. Coll se retiraron y lo dejaron solo.

Poco le hubiere importado aquella espantosa soledad, si no hubiera tenido que sostener verdaderas luchas hasta con las mismas personas afectas a su pensamiento; pero adversarias decididas y públicas de su oportunidad. En efecto, el Sr. Obispo admirador constante de su celo, después de haberle dado el permiso para realizar la fundación, cuando acaso creía imposible que se verificase, no se contentó con reprobar su pensamiento, sinó que hizo cuanto humanamente pudo para destruir lo edificado pretextando que su licencia había sido verbal y que había en la ciudad suficiente número de religiosas de enseñanza y le prohibió que las Hermanas llevasen el santo hábito. No contento con esto le llamó a su presencia y le dijo que desistiese y dispersase a las postulantes. El P. Coll con la majestad que la virtud, la bondad y oportunidad de la causa ofrecía, le contestó: «Ilustrísimo Señor, y sus almas? que haremos de sus almas?» Al fin después de súplicas y ruegos accedió el

Sr. Obispo a que continuasen reunidas y vistiesen hábito; pero sin toca. Para no contrariar dicha disposición en vez de toca llevaban un pañuelo blanco cuadrado que cubría la frente y colgaba para atrás a modo de velo, y una esclavina sobre los hombros. Así estuvieron las primeras Hermanas en los once meses que vivieron en la casa de la calle Call Nou.

El P. Coll en medio de aquella desecha borrasca no desfalleció; antes al contrario, alienta a las recién llegadas, reune nuevas vocaciones en sus misiones y novenarios, funda la primera casa filial en Roda y, al empezar el mes de Enero de 1857 se agregan a la reciente Congregación siete casas, con su personal, de religiosas Servitas. Sin embargo, seguían las pruebas, más el P. Coll continuaba impávido, reclutando vocaciones y conciliando voluntades, como general seguro de su triunfo. Poco le importaban los juicios humanos; las contradicciones estimulaban su celo y cada día llegaban nuevas postulantes a engrosar las filas de la naciente Congregación.

El P. Coll seguía misionando y a su regreso a Vich, siempre iba acompañado de postulantes. No le era difícil cautivar los

ánimos: como si saliese de él aquella virtud que, en expresión del Evangelio dice de Jesucristo, sanaba a todos. En cierta ocasión nueve jóvenes se comprometieron en Lérida a irse con el buen fundador hasta a Vich, para formar parte de una Congregación que no conocían, y de la que ni siquiera habían oído hablar. La palabra del P. Coll, que hablaba de convento y de jóvenes que se preparaban en él para consagrarse a Dios en el estado religioso y al bien del prójimo por medio de la enseñanza, fué toda la garantía recibida al dejar padres, parientes, patria y trasladarse en coche a más de treinta leguas de distancia. Durante el trayecto el P. Coll, según refería una de aquellas postulantes, tuvo siempre el Rosario en las manos, las que llevaba cruzadas y casi siempre los ojos bajos, o cerrados. Antes de llegar a Vich rezamos todos los que en el coche estábamos el santo Rosario, que el Padre dirigía en voz alta.

Si grandes fueron las tribulaciones, grandes fueron también los consuelos. No solo el Señor dió plena seguridad de que aquel arbolito, como él llamaba a la Congregación se convertiría, con el tiempo, en árbol corpulento y que desafiaría las iras de los más

tremendos huracanes y albergaría entre sus ramas a los pájaros del cielo; no solo le infundió indescriptible paz para sobrellevar hasta con alegría, tán horrible y prolongada persecución; sino que recabó del cielo señales evidentes de que la Providencia divina y la Virgen Santísima se habían encargado del cultivo del tierno y combatido arbolito; por esto, el Padre animaba a las Hermanas y las decía, con tono persuasivo: «No teman, »ni se apuren por nada: cuanta más perse»cución mejor, porque como es todo obra de »Dios todo se soportará. Sí, sí, decía él, »prosperará; sí, prosperará mucho, a pesar »de los obstáculos que se pongan».

Los que más adelante vieron el desarrollo de la Congregación no acertaban a explicar el santo tesón e ilimitada confianza y absoluta seguridad del humilde Fundador, y se vieron precisados a confesar que algo más que humano intervino en la fundación, y aun los que no fueron testigos de aquellas primeras dificultades, no acertaban a explicar como pudo salir adelante, como con gracia lo expresaba un Sacerdote diciendo: «Nuestro buen P. Coll con cuatro centavos y cuatro Chiquillas ha fundado un gran Instituto».

CAPÍTULO X

VIRTUDES DEL PADRE COLL

Virtud de la Fé

En los hombres la santidad no ha nacido ni es producto de las fuerzas naturales; sino que se adquiere, crece y desarrolla bajo la acción de la gracia, principio sobrenatural que penetra el ser humano, le transforma y confiere virtud para elevarse hasta la consecución del mismo Dios, no súbita sino trabajosa y lentamente.

Los santos son los artistas del orden moral y no trabajan sobre materia frágil, sinó sobre un alma incorruptible e inmortal; el santo no es más que la copia de un modelo, Jesucristo, que se impone a todos sus hábitos y a todas sus acciones. A la imitación de Jesucristo debemos esa admirable variedad de fisonomías espirituales tan bien definidas, con que se honra el mundo cristiano.

Nuestro P. Coll, como hábil artista moral, copió en su alma las virtudes de los Santos y parece puso especial cuidado en acumular las que forman especiales fisonomías, tales como: El apostolado en su ardiente amor a la verdad, su celo, su misericordia, su pa-

ciencia, sus energías, su desinterés, su inmolación; el magisterio con su respeto a las enseñanzas recibidas y su sed por trasmitirlas en su nativa pureza, el martirio lento con sus saltos de alegría y sus pasos firmes y seguros, la enfermedad, ofreciéndose como víctima expiatoria etc., etc.

El P. Coll con su predicación y conducta confesaba la llamada necedad del Evangelio: no solo hacia frecuentes actos de fé y los recomendaba también a las Hermanas, sinó que al predicar infundía tal claridad a los oyentes, que desaparecían todas sus dudas, como se dijo en otro lugar.

Aquella fé tan grande que infundía en el confesonario, en las correcciones y coloquios privados no iba acompañada del temor servil, que huye del pecado para evitar el juicio divino y los males de esta o de la otra vida; iba seguida más bien de un amor filial, que teme separarse de Dios como de bien infinito, inmenso y altísimo, cuya separación o cuya pérdida es el peor de los males. Así también, aquella pureza de corazón que tan simpática la hacía al auditorio y tan indiferente a cuanto no condujese al reino de Dios y su justicia, solo podía ser efecto de aquella fé que, como decía el Prín-

cipe de los Apóstoles: «Purifica los corazones».

El P. Coll tenía odio a los vicios opuestos a la fé y perseguía sin tregua ni cuartel a la incredulidad, que se opone a la fé interior, a la blasfemia que se opone a la fé exterior, y a la ignorancia y estupidez que se oponen a los dones de entendimiento y de ciencia. Sacrificó los mejores años de su vida y el porvenir risueño que las dignidades eclesiásticas le prometían y la tranquilidad reposada de la vida privada, por defender los fueros de la fé, villanamente desconocidos y hollados por tantos infieles, herejes y apóstatas de su siglo.

A combatir dichos adversarios mortales del depósito de fé ordenó cuanto pensó, cuanto hizo y cuanto dejó de hacer. Por eso predica, catequiza, misiona, confiesa, funda la Congregación de Hermanas Dominicas, que más adelante él mismo bautiza con el nombre de «La Anunciata» en recuerdo del primer misterio del Santísimo Rosario. (Sin embargo, la Congregación, especialmente en Cataluña, es muy conocida por el nombre de Hermanas del P. Coll).

Por la fé vive el justo, por la fé se sustenta la esperanza y se engendra la caridad: por la fé empezaba sus sermones el P. Coll

y a formar y reforzar a la fé los ordenaba.

CAPÍTULO XI

Virtud de la Paciencia

Según queda dicho al tratar del principio de la Fundación de la Congregación, fueron incontables y grandes las tribulaciones que el siervo de Dios P. Coll experimentó, puesto que desde el Sr. Obispo de Vich hasta los Canónigos y simples clérigos; desde las gentes despreocupadas hasta los más íntimos del Padre, se conjuraron contra su obra y le acusaban de temerario: decían que aquello no tenía fundamento por ser obra de un pobre Capellán, y no faltó quien le dijese al mismo Padre, que aquello era una tentación del demonio. Esta persecución, capaz por sí sola de perturbar otro ánimo que él suyo, se acrecentó a medida que se aumentaba el personal, por la escasez de recursos. Recuérdese que tuvo que soportar él solo toda aquella barahunda de obstáculos, dichos y atenciones, y esto no por algunas semanas, sino meses y puede decirse, años, cosa que después él ponderaba diciendo: «Al principio »me dejaron solo, ahora todos quieren mandar;

»pero ahora es precisamente cuando quiero »estar solo».

Por lo referido se puede ponderar que cúmulo de paciencia necesitaba para acallar aquella maledicencia y hacer frente a tantos como se empeñaban en echar por tierra la naciente Institución. Pues bien, en aquella deshecha borrasca llevó él solo a puerto seguro la pequeña embarcación, sin haber exhalado siquiera un suspiro, sin dar una muestra de impaciencia, sin el menor desaliento.

Al recordarle después, lo que había sufrido decía; «que con mirar al cielo, todo lo encontraba fácil.»

Al poco tiempo de haber fundado la Congregación fué atacado de una grave enfermedad, la que puso en peligro su existencia. Al conocer la gravedad en que se encontraba recurrió a María Santísima y les suplicó que se dignase tomar bajo su protección maternal a sus buenas Hermanas. Desde entonces ya no pensó en otra cosa más, sino que se cumpliese en él la voluntad de Dios.

En casi todas las fundaciones que hacía tenía que ejercitar la paciencia grandemente, sobre todo en aquellas que resultaron después más útiles a la salvación de las

almas. Nunca se apuraba por si no asistían crecido número de niñas a los colegios de las Hermanas, y, si alguna vez éstas se lamentaban por ello las decía: «No se quejen de eso, quéjense de que no pueden enseñar a amar a Dios, ¡¡Pobres niñas!!!

La gran paciencia que tenía le daba energía para sobrellevar las contradicciones que, a diario se le ofrecían y no cedía en la ejecución de cuanto entendía ser de mayor gloria de Dios y provecho de las almas. Por esto, como el Apóstol, ejercía su apostolado en trabajo y miseria, en muchas vigilias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez, con peligros en los caminos, y en los ríos, peligros de ladrones, de parientes, de extraños; en la soledad, en los poblados y peligros por falsos hermanos, sin embargo, no desmaya; vuela en alas de caridad donde mayor es la necesidad, y, como si a otros se perteneciese y no a él, es el primero en levantarse y el último en acostarse, el primero en el trabajo y el último en el descanso, el primero en las funciones religiosas, en el confesonario, en avanzar con el estandarte enarbolado entre las turbas, dispuestas al insulto, que quieren impedir la predicación de la Misión; el primero

en hacer lo que aconseja y predica y el primero en contestar, como el Apóstol, a los que le aconsejan que no haga el sermón que le fuere encomendado, por el peligro que ofrecía. «Yo estoy dispuesto, no solo a ser aprisionado, sino a morir por Dios y por las almas». Y sube al púlpito, da una mirada al auditorio, y empieza el sermón con estas angustiosas palabras. «Pobres madres ¡¡¡pobres hijos!!! pobres esposas!!! La conmoción se apoderó del auditorio y apenas quiere continuar, el llanto apaga el eco de su vibrante voz. (Se trataba de una oración fúnebre y funeral por los muchos que habían muerto en la refriega entre distintos bandos.) El sermón produjo inesperados efectos los ánimos antes tan encarnizados, se amansaron, cesaron los odios y la paz sentó de nuevo sus reales entre los habitantes de aquella desgraciada Villa.

CAPÍTULO XII

Sobre la virtud de la pobreza.

Antes de lanzarse al sagrado ministerio atesoró el P. Coll, las expensas exigidas a todo Apóstol por nuestro Señor Jesucristo

cuando dijo: «Si alguno no renunciare todas las cosas que posee no puede ser mi discípulo: no lleveis nada para el camino, ni báculo, ni maleta, ni pan, ni dinero, ni dos túnicas». Ambas cosas cumplió el P. Coll a ejemplo de nuestro Padre Santo Domingo; pues todo el tiempo que vivió ni tuvo nada, ni le faltó nada, ni quiso nada; mas antes siendo pobre, remedió a muchos pobres. El mismo explicaba como siempre había sido pobre. Cuando empezó la predicación había reunido algún dinero; viniéndole un día ganas de contarlo, le asaltó, mientras lo miraba, este pensamiento: Tú no vas bien; y desde aquel día predicó siempre de balde, hasta que fundó la Congregación, pues entonces cobraba lo que le daban, para que las Hermanas tuviesen algo para comer.

Cuando se retiró a Vich tuvo en su casa, como pensionistas, a algunos estudiantes pobres. Formaba el equipo del hogar; la cama, librería, dos sillas, una mesa, un Crucifijo, una imágen de San Francisco de Paula, cuyo nombre él llevaba, y un díptico, que conservó, con las imágenes de la Santísima Trinidad y la Virgen de los Dolores. Vestía limpio y aseado, pero pobre. No tenía más que una sotana, la cual era de estame-

ña, un manteo remendado de tanto uso, y unos zapatos viejos y remendados. Su sobrina, que era la que lo cuidaba, le lavaba la sotana por la tarde, al anochecer, a fin de tenerla lista por la mañana del día siguiente.

El aspecto de su casa queda indicado, el de la primera Casa-Matriz de las Hermanas, situada, como es sabido, en la calle Call Nou, predicaba más que pobreza; pues, en el año 1857, solo había tres camas viejas: en el comedor, un banco y una tabla giratoria hacia arriba, que servía de mesa, en medio un Crucifijo y detrás del comedor una pieza con dos camas. En el otro piso estaba el desván, que se utilizaba para sala de labor, sin ningún cuadro ni adorno. Cada una de las postulantes se servía de la ropa que había traido. Era tan amante de todo cuanto olía a pobreza que, hasta reprobaba los cuadros bordados, aún cuando se hiciesen para aprender, porque, decía, temía que por ahí empezase el purgatorio.

La segunda Casa-Madre, calle de Capuchinos, era tan humilde pobre y oscura que al llegar algunas postulantes se asustaban; pero el Padre las animaba recordándoles la pobreza de la casita de Nazaret y contaba como todos los Apóstoles y nuestro

P. Santo Domingo habían sido pobres.

Quería que las Hermanas estuviesen desprendidas del dinero. Para cumplir él mismo cuanto enseñaba, entregaba cuanto recibía de su trabajo, y pedía lo que necesitaba: no se reservaba absolutamente nada para sí, de tal suerte que cuando estaba en la Casa-Matriz, dependía enteramente de lo que la Madre Priora le daba, y en las casas filiales se contentaba en pedir para sí, un poco de chocolate y un poco de pan. En obsequio de la santa pobreza no se desdeñaba de recoger si veía alguna cosa en el suelo que pudiese ser útil, como agujas, alfileres, cerillas, etc. En sus cartas ordinarias no solía gastar más que media hoja de papel y éste sencillo.

En la Casa-Matriz comía siempre con cuchara de madera y de lo mismo que comían las Hermanas y, si alguna vez, haciéndole mucha violencia admitía algo diferente lo repartía entre las mismas Hermanas, prefiriendo a las enfermas o delicadas. En todo se fijaba para enseñar la práctica de la santa pobreza, decía una Hermana contemporánea suya. «Cuando la luz del »candil estaba muy alta nos la hacía bajar »un poco y añadía. «Cuidado con la santa »pobreza». Para economizar fósforos hacía

que fuésemos a prender la luz con otra que hubiera.

Cuando instalaba alguna casa filial encargaba siempre la práctica de la santa pobreza, lo mismo hacía cuando las visitaba y preguntaba si faltaba algo a las Hermanas. No quería que se confundiese la virtud de la pobreza con el vicio de la tacañería, que es muy diferente una cosa de la otra. Nunca faltó lo necesario a las Hermanas, según predijo el buen Fundador asegurando que: «Antes faltaría para él que para las Hermanas». Decía que al morir no quería dejar deudas; pero tampoco cosas superfluas. Fué de hecho y de voluntad pobre, puesto que nada tenía, y cuando murió en el Asilo-Hospital de Sacerdotes, tenía que servirse de lo que le llevaban las Hermanas, así como de los cuidados de aquella santa casa.

CAPÍTULO XIII

Virtud de la Castidad

Estando para morir nuestro Padre Santo Domingo hizo llamar a todos sus religiosos que componían la numerosa y edificante Comunidad de Bolonia. Después de exhortarlos

al amor de Dios y a la exacta observancia de las Constituciones, terminada la recomendación del alma, les dijo estas palabras: «Hermanos carísimos, por gracia especial de »Dios he conservado hasta este momento in»tacta la virginidad: si vosotros la cultivais »santamente, con la pureza de vida y con »olor de buena fama, sereis promovidos de »un modo admirable en los pueblos». Esta bella confesión y esta fervorosa recomendación del Padre Santo Domingo se han trasmitido como por herencia a sus hijos, llegando a ser la castidad uno de los distintivos de la Orden de Predicadores.

El P. Coll, como fervorosísimo hijo del P. Santo Domingo y padre espiritual de tantas vírgines no descuidó aquella recomendación, antes bien toda su vida manifestó que tenía un amor y cuidado especialísimo a la virtud angelical de la castidad, llamada por San Pablo *Santidad*, por Jesucristo *Celestial y Angélica*. Desde niño fué tan recatado que no sufría nada que remotamente pudiera mancillarla; de corista reprendía si oía alguna expresión que de algún modo a ella aludía; y en los años de su sagrado ministerio, nadie pudo advertir en él, el menor desliz exterior, antes bien sus palabras eran